

RELATO



IGNACIO SÁNCHEZ-ORO CASTELLANO

Nació en Béjar, Salamanca, en 1988, aunque ha residido en Cáceres. Es licenciado en Psicología, Máster en Estudios Avanzados en Cerebro y Conducta, y actualmente cursa estudios de doctorado. Ha sido premiado en distintos certámenes de relatos literarios.

UN LUGAR AL QUE VOLVER

Nunca llegaré a saber si la historia sucedió en realidad tal como me la contó, hace tanto tiempo. Yo era muy joven en aquellos días. Viajaba en un coche desvencijado desde Madrid por las carreteras secundarias de Extremadura, fotografiando, para la revista en la que trabajaba, las villas despobladas más hermosas de la región. Muchos kilómetros, malas carreteras, cada vez menos dinero de manutención; pero, también, noches al raso, bajo las estrellas. Castillos desmoronados, calles con casas deshabitadas. El horizonte solitario, el silencio, siempre acechándome.

En una de aquellas localidades fantasmales, no me sorprendió encontrar a un anciano. Parecía esperarme, sentado en el rellano de su casa; me saludó como si fuésemos viejos amigos. Le pedí permiso para hacerle varias fotografías en su exuberante huerta, y también en su casa, repleta de reliquias y vestigios arqueológicos. Recuerdo la gran

cicatriz que surcaba su cráneo. Le pregunté cómo se la hizo, y me invitó a sentarme con él junto a la acequia, con unos vasos de vino que él mismo elaboraba. Disfrutaba escuchando historias; yo quería ser escritor, así que se sintió cómodo contándome su juventud; aunque me advirtió que nunca se la había contado a nadie, y que hablaría en voz baja, porque podrían oírla.

Él había nacido en una aldea de La Vera, que ya había desaparecido por entonces. Aunque sus antepasados habían vivido cultivando cebada en unas llanuras que ahora pertenecían a su madre, se rumoreaba que su familia descendía de un cabalista judío, razón por la que él quería aprender a leer. Sólo quedaban él y su progenitora. Su padre había muerto de tuberculosis y sus hermanos se habían marchado al norte y no sabían nada de ellos.

Cuando era niño, solía aventurarse por un sendero del robledal, que llegaba hasta una catarata, donde chapoteaba en el agua de una poza. Cuando se escabullía por aquella senda, su madre lo buscaba y lo llevaba arrastrando hasta las huertas. A medida que fue creciendo, olvidó aquel lugar fantástico, y se fue venciendo con sudor al polvo de la tierra. Más tarde, su madre enfermó de la cabeza, y era común hallarla por las noches vagando por los campos como un espectro. Además, su desazón aumentó cuando desaparecieron unas monedas de época romana que había hallado arando la tierra. Le preguntó a su madre, quien le contestó, desvariando, que las había escondido para que no se las robaran los franceses. No recordaba en qué lugar. Él se pasaba el día excavando hoyos por toda la finca, pero no las encontró. La ilusión de ganar dinero con las monedas romanas, casarse y viajar a la capital para aprender otro oficio se esfumó. Su madre le reconvenía: “*No, ahí no las escondí, aunque están enterradas, se ve su brillo*”. Él no sabía a qué se refería.

Entonces, cuando más desesperado estaba, se supo que la colonia cubana se había



Paisaje de La Vera

levantado en armas contra España. El ejército lo reclutó para ir a la guerra. Lo trasladaron en un batallón hasta Galicia, adentrándose en paisajes que nunca antes había conocido. Al contrario que los demás soldados, que canturreaban, él hacía compañía a un gigante mudo al que apodaban “El Lobo”. No intercambiaban palabras, pero compartieron tabaco y papel. Embarcaron en una mar picada. El litoral quedó atrás. Durante el tiempo en que el barco navegó hasta el radiante mar Caribe, los demás le aconsejaban que se alejara del gigante. Le llamaban así porque se había criado con lobos, hasta que lo encontraron cuando tenía siete u ocho años.

La columna en la que estaba destinado efectuó el segundo desembarco en la isla tras la insurgencia, con la misión de aplacar las revueltas en las provincias orientales. Les destacaron en un pueblecito de Camagüey para defender la plaza. Aquellos parajes le resultaban muy distintos a su tierra; el bochorno y los mosquitos le resultaban insufribles. Cuando Martí cayó, a los pocos meses de la revuelta, los secesionistas empezaron a sabotear las instalaciones municipales y a cazar a los desventurados soldados que se internaban en la sierra. Un amanecer, los rebeldes rodearon la aldea y la asediaron durante semanas, hasta que por fin entraron disparando los rifles. Ganaron la batalla. Él se escapó con un regimiento de soldados malheridos de las fuerzas reales, hasta Pinar del Río, la cual tuvieron que volver a defender durante el siguiente año, hasta que también fue dominada. Los soldados caían víctima de las enfermedades tropicales, sobre todo malaria, que les contagiaban los presos. Durante las noches, los soldados hablaban de que el nuevo general Weyler no dejaba de traer tropas desde España. Él sólo veía ante sí el escenario de una catástrofe, un sacrificio de sangre y pólvora.

Cuando se trasladaban a Trigales, una emboscada los sorprendió y no tuvieron tiempo para reaccionar. Sus compañeros caían a su alrededor. En ese instante, Lobo le lanzó una mirada inexpresiva y se apostó frente a él. Recibió todos los disparos de una ametralladora. Él cayó bajo su gran peso. Sintió que en su cabeza sangraba. Un resto de metralla había horadado el cráneo. Los soldados cubanos apartaron al gigante y se asombraron al verle aún con vida. La esquirla de metal palpitaba en la parte izquierda de su cabeza. Lo arrastraron hasta la cabaña de un chamán negro, que le hizo ingerir unas pócimas y le hechizó con rituales proferidos en una lengua desconocida. Los insurrectos apostaban a cada hora sumas de dinero cada vez más grandes por las horas que tardaría en morir. Pero pasó la primera noche, y seguía languideciendo en el lecho. Después, vivió otra noche más. Cada mañana despertaba con vida, y un soldado traducía las palabras del chamán, quién decía que estaba entre dos mundos, y que podía ver cosas que nadie en este mundo podía ver.

Cuando los yankees se aliaron con Cuba para luchar contra los españoles, un teniente, médico militar, llegó acompañado de un civil vestido muy elegantemente. Observaron su herida, hablaron entre ellos -en inglés-, y entonces el teniente desfundó y acribilló al chamán sin inmutarse. Le embarcaron en un barco hasta Florida. Durante semanas lo llevaron en una camilla por terrenos pantanosos, en inmensas junglas llenas de caimanes y rugidos entre la espesura. Una noche, se levantó de la camilla y echó a

andar. El hombre rico le felicitó. A la noche siguiente, le exhibió en una feria en un poblado de Tampa. A la gente le fascinaba su herida, cerrada en torno al trozo de metal, lo que le daba un aspecto aterrador. Pagaban cinco centavos y podían entrar en la tienda de lona donde él estaba sentado. Sin embargo, sucedía que cuando alguien entraba, él oía voces que le pedían que explicase al visitante que se encontraba bien. La gente lloraba al oír sus palabras, reconociendo los nombres que las voces decían ser. Al enterarse de esto, su “mánager” lo escondió en un hotelucho de Nueva Orleans y cambió de táctica empresarial. Por las noches, organizaba sesiones de espiritismo para que la gente de la alta sociedad se comunicase con sus difuntos. Durante años, realizó sesiones de ocultismo por toda la costa este, pasando por Jacksonville, Savannah, Wilmington, New Bern.

Su protector lo había tenido encerrado en su habitación por todas las ciudades por las que habían viajado. Una noche, en Nueva Jersey, una voz lo despertó. Su voz sonaba muy lejana, casi no podía oírla, pero decía que se encontraba bien, y que no se preocupase por ella. Supo que era su madre. Decidió que era hora de regresar a su tierra, y atender la finca, ahora que nadie la cuidaría. Pero cuando se lo planteó al “mánager”, este le ató de pies y manos a una silla. Lo tuvo cautivo durante días, haciéndole trabajar atrapado con la cuerda. Una noche, escuchó voces: pero, esta vez, eran reales. Unos gánsteres con los que el hombre rico solía hacer negocios sucios habían entrado en la casa. Exigían un dinero que él decía no tener. Trató de soltarse las vendas raspándolas contra el borde de un mueble, y logró zafarse justo cuando se escuchó un tiroteo. Se escabulló por la ventana de la casa ardiendo, guiado por las voces de ultratumba, que le dirigían. Embarcó en un buque mercante que se dirigía a Lisboa.

Se alojó en un camarote deplorable. Sólo salía de noche, ocultando su herida con un sombrero. Temía que alguien le reconociera. Quería ser olvidado, y sólo podía lograrlo abandonando el continente. Una noche, en la popa, una ráfaga de viento se llevó su sombrero hasta los pies de un caballero, que lo tomó y se lo entregó con un gesto educado. Entonces se fijó en su cabeza. Preguntó en portugués por la herida. Él rehusó, pero entonces el caballero se presentó como uno de los cirujanos más prestigiosos. El doctor quería examinarlo en su hospital. Él se negó, no quería que le extrajesen la esquirla del cráneo. Durante el tiempo que duró el trayecto, el doctor le insistía, varias veces cada día, en que sólo les expondría su caso a los colegas, sin ninguna intervención, y que era un hombre de palabra. Él acabó aceptando por una buena suma de dinero.

En Lisboa, el doctor lo colmó de caprichos mientras lo sometía a exhaustivos estudios. El hombre le presentó a uno de sus estudiantes, el joven António Egas Moniz, quién quedó fascinado de su dolencia. Semanas más tarde, expuso su caso clínico, con él presente, en la facultad de Medicina. El doctor alegó ante la comunidad académica que la herida se hallaba en la zona específica del cerebro que controlaba la facultad de hablar con uno mismo. Cuando él dijo que podía hablar con los muertos, los médicos se rieron a carcajadas. Esa misma noche, intentó hablar con su madre, pero su voz aún sonaba muy difusa. Tenía que llegar hasta su aldea lo antes posible, así que decidió que por la mañana abandonaría Lisboa.

Al despertar, le dolía mucho la cabeza. Sentía unas náuseas terribles. Tenía la impresión de que había pasado mucho tiempo. Se tocó la cabeza y palpó una venda. La desenrolló, temiendo lo peor. Se levantó a buscar un espejo, tropezando con el orinal. Frente al reflejo del vidrio de las ventanas, descubrió que le habían operado, y que ya no tenía la esquirla. Unas enfermeras trataron de calmarle, y cuando el doctor llegó, se abalanzó hacia él tratando de pegarle. El médico le dijo que la esquirla le había estado privando de la facultad de hablar con cordura, y que por eso ahora estaba tan confuso. Al cabo de unos cuantos días, le dijeron que lo trasladarían a otro hospital.

Estaba situado en un frondoso collado, aislado de cualquier asentamiento humano, así que cuando lo vio desde el vehículo a motor donde lo llevaban, supo que era un manicomio. Trató de escuchar las voces de los muertos, pero era imposible. Llamó a su madre a voces, pero no la oía. Finalmente, golpeó al chófer y echó a huir. Vagó por la campiña lusa durante días. Aunque en muchas localidades podía subir al ferrocarril hasta Badajoz, temía que le reconocieran los guardiñas. Cruzó la frontera y viajó hasta Plasencia en un vagón desvencijado. Y de ahí, unas veces a pie y otra en carros.

La aldea seguía igual que como la había dejado, un conjunto de cabañas y casas encaladas en la sierra. Había menos vecinos, pocos animales de carga en las callejas, y no se escuchaba las azadas en los campos. Aquellos con los que se encontraba lo saludaban como si nunca se hubiese marchado. Eran ajenos al hecho de que él había participado en los acontecimientos que tanto había conmocionado al país durante los últimos años.

Visitó la tumba de su madre, quien no le habló. Se persignó y caminó hasta la finca familiar. Se había declarado abandonada tras la muerte de su madre, y la había comprado un rico propietario que cultivaba y fabricaba pimentón. Cuando le vieron llegar, desorientado frente a las tierras, le ofrecieron trabajar como peón en las huertas. Él aceptó con la esperanza íntima de hallar las monedas romanas que aún le obsesionaban. *Podría preguntarle a mi madre por su paradero, si aún conservase mi don*, se lamentaba mientras labraba la tierra que una vez le había pertenecido.

Una noche, acostado en uno de los secaderos, no pudo conciliar el sueño. Echaba de menos que las voces de los muertos lo sosegaran con sus susurros. Para evitar el silencio, anduvo por la vereda, bajo la luna, buscando el trino matinal de los pájaros. Llegó hasta la cascada, donde se bañaba cuando era niño. Aún era de noche. Se consoló ocupando el vacío de su cabeza con el rumor del caudal precipitándose cadenciosamente sobre el agua. Cuando los primeros rayos del sol alumbraron el agua, descubrió como resplandecía el fondo de la poza de agua. Se metió dentro del agua fría y encontró las monedas, hundidas en el lecho rocoso.

Recuerdo que era ya bien entrada la noche cuando el anciano terminó de narrar sus aventuras. Me ofreció quedarme a dormir en su casa, acogido por el fuego del hogar. Aquella casa, en la oscuridad, rechinaba y crujía como si viviese gente. Me enseñó toda la vasta colección de restos arqueológicos que había ido recopilando en aquella comarca. Decía que siempre había tenido suerte para atinar con los lugares donde

podía descansar un yacimiento. El pueblo se fue quedando sin gente, entre las que se marcharon a las fábricas y los que se iban muriendo. Aunque él se casó y vivió en otras ciudades, su mujer murió joven, y sus hijos le visitaban cuando tenían vacaciones. *Llevo siendo el último hace años, pero nunca me siento solo*, me dijo, como si insinuara que, de alguna u otra manera, sabía que su esposa, los vecinos, aún le protegían.

A la mañana siguiente, me despedí de él y le dejé trabajando en su huerta. Conduje por una carretera que bordeaba el Tajo. Paré para almorzar un bocadillo. Después, decidí explorar una loma, para ver si tomaba un buen plano panorámico, con tan mala suerte que, intentando fotografiar un águila que se posó frente a mí, tropecé y la cámara se rompió contra la roca, permitiendo que la luz borrara las imágenes de los negativos.

Puede que, durante mucho tiempo, hubiese dudado de la verosimilitud de aquella narración. Ahora que han pasado tantos años, y he alcanzado la edad que tenía el anciano cuando me contaba sus aventuras, incluso me cuestiono si realmente llegué hasta su aldea, si le conocí. Me pregunto si no fue todo un sueño. La memoria es débil, se mancha de imaginaciones. Sí me intriga un sentimiento, ineludible, y es la nitidez con la que recuerdo sus palabras, que he tomado como mías. Puede que entonces no le creyese, pero ya no me importa reconocer que todos nos dejamos llevar por la ilusión, cuando desplegamos las páginas de un libro, o cuando oímos de alguien sus palabras. Quizás, esa es la magia de las historias, que nos hacen creer.

Camas, 27 de septiembre de 2017

